

GÉNESIS DEL ANHELO DE INMORTALIDAD EN EL PENSAMIENTO DE UNAMUNO. EL DESEO ANTROPOLÓGICO

Eloy Huertas Aguado

Sumario: El anhelo de inmortalidad es una dimensión del tragicismo de Miguel de Unamuno. Este deseo antropológico intenta ser encauzado por nuestro autor de distintas maneras, hasta llegar a su madurez filosófica. El presente artículo pretende mostrar la génesis del ansia de inmortalidad, así como las primeras exploraciones llevadas a cabo por nuestro autor en este ámbito, antes de su obra *Del sentimiento trágico de la vida*.

Palabras clave: Anhelo de inmortalidad, muerte, fama, perpetuación, lucha, Dios, nada, tragicismo, quijotismo, egotismo, hombre de carne y hueso, eternidad.

Summary: The yearning for immortality is a dimension of the tragicism of Miguel de Unamuno. This anthropological longing tends to be channeled by our author in different ways, until reaching his philosophical maturity. The present article intends to show the genesis of the yearning for immortality, as well as the first explorations carried out by our author in this field, previous to his work *Of the tragic feeling of life*.

Key words: Yearning for immortality, death, fame, perpetuation, struggle, God, nothing, tragicism, quixotism, egotism, man of flesh and bones, eternity.

Fecha de recepción: 12 diciembre de 2015

Fecha de aceptación y versión final: 10 febrero 2016

1. Introducción

El tema de este trabajo es el anhelo de inmortalidad en el pensamiento de Miguel de Unamuno. Nuestro autor habla de inmortalidad, de anhelo de seguir viviendo, incluso habla de Dios o de la fe. No obstante, se puede comprobar que también habla de fama, de su obra, de eterno nombre (*Vida de Don Quijote y Sancho*), habla de la muerte y lo que supone para él (*Recuerdos de niñez y mocedad*), o de la descendencia (*La tía Tula*). Realizando una hermenéutica lo más objetiva posible, no puedo ver aquí ningún pensamiento exclusivamente religioso. ¿Qué sucede? ¿De qué naturaleza es este planteamiento? ¿Ha existido alguna evolución en nuestro autor? Cuando se plantea el futuro de su existencia, ¿está pensando en Dios o piensa más bien en su porvenir?

Lo cierto es que Dios y la fe en la inmortalidad del alma son temas que quedan planteados como postulados de la voluntad de vivir¹. Son algo necesario para asegurar su inmortalidad, por lo que en algunos casos incluso da la impresión de que juegan un papel casi instrumental, al servicio de esa voluntad de perdurabilidad, por ejemplo, cuando predica de Dios atributos tales como “inmortalizador” o “eternizador”. En realidad se puede hablar, en cierto modo, de paralelismo entre Unamuno y Kant, ya que éste también apela a Dios instrumentalmente como mediación necesaria para que la moral tenga un sentido. A Unamuno no le preocupaba, en primer lugar, la existencia de Dios y luego su inmortalidad. Le preocupaba su inmortalidad y para asegurarla necesitaba de la existencia de Dios como inmortalizador. De hecho, su supuesta fe no le trajo a Unamuno el consuelo que le trajo a Kierkegaard². La fe, Dios, la inmortalidad del alma, siendo temas religiosos, tampoco compensaban totalmente el anhelo de inmortalidad, que estaba en la raíz de estos planteamientos, y que era lo que realmente atormentaba a nuestro Unamuno.

El objetivo de este trabajo es mostrar cómo el anhelo de perdurabilidad está presente como fundamento de sus distintas temáticas e intentar clarificar, sobre todo, que ese anhelo de inmortalidad es de naturaleza antropológica, no primaria o específicamente religiosa. Siendo esto así, el ansia de inmortalidad tiene derivas o desemboca en ocasiones en cuestiones de naturaleza religiosa-teológica, pero como fundamento de estos temas religiosos aparece siempre un impulso que es antropológico.

Para ello he escogido, siguiendo a Pedro Cerezo en *Las máscaras de lo trágico*, una serie de obras de Miguel de Unamuno³. Utilizaré un método que me permita hacer un estudio genético del anhelo de inmortalidad en un primer momento. Y, teniendo

¹ “Para Kierkegaard la fe es fe religiosa y tiene como notas esenciales la de ser paradójica y estar asentada en el absurdo. En él, la fe [...] es creencia aún en el absurdo. Por otro lado se da un componente de duda o incertidumbre, producto del conflicto con la razón [...] pero que, a diferencia de Unamuno, puede ser superada a través del “salto” de fe. En Unamuno el concepto de fe es más amplio y tiene un campo de referencia superior. El punto de partida es de orden vital, parte de la necesidad de creer en el ser del hombre, en su inmortalidad y en la existencia de Dios. Además la fe, ya desde sus primeros escritos, está considerada desde un punto de vista ontológico y gnoseológico. Así, en múltiples ocasiones nos dice que la fe crea su objeto, que es cosa de la voluntad y de querer que el objeto exista, que querer es crear o, al menos, principio de creación, etc... [...] Aunque hay que resaltar que por su carácter vital y ontológico esta duda o incertidumbre no es superable, como lo era para Kierkegaard, sino que es constitutiva de la fe”. J. C. LAGO BORNSTEIN, “Unamuno y Kierkegaard: dos espíritus hermanos”: *Anales del Seminario de Metafísica*, XXI (1986) 66-67. También Cf. P. CEREZO GALÁN, *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*, Trotta, Madrid 1996, 506.

² “Se ha hablado asimismo de la influencia de Kierkegaard sobre Unamuno, pero aunque éste habló muy a menudo de Kierkegaard y lo llamó «el hermano Kierkegaard», lo cierto es que los temas específicamente unamunianos fueron desarrollados por Unamuno antes de su «encuentro con Kierkegaard». Cf. J. FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, Tomo III, Ariel, Barcelona 2012, 2014. J. C. Lago Bornstein trata más específicamente esta temática. Cf. cita anterior.

³ “El mismo Unamuno ya dio la medida de esta interpretación, cuando a propósito de la reseña de Adriano Tilgher sobre su obra, le escribía a su editor italiano Gilberto Beccari: No recuerdo haber sido interpretado mejor. Y me complace que Tilgher haya visto bien y tan clara la íntima relación entre mis *Recuerdos*, mi *Vida de Don Quijote* y mi *Sentimiento trágico*, tres actos de mi tragedia íntima (Apud M. GARCÍA BLANCO, Introducción al tomo VIII de *o.c.*, 11). A lo que habría que añadir el cuarto y definitivo acto de San Manuel Bueno, mártir como los cuatro nodulos del drama espiritual unamuniano” P. CEREZO GALÁN, *Las máscaras de lo trágico...*, *o.c.*, 116.

presente el objetivo antedicho, intentaré, en un segundo momento, exponer el trasfondo de la importancia que se le da a la fama o al quijotismo. Como trataré, además, de mostrar la evolución del pensamiento de nuestro autor me ha parecido más oportuno presentar primero la obra *Recuerdos de niñez y mocedad*, donde Unamuno rescata desde su madurez los recuerdos de su infancia y primera juventud con objeto de mostrar cómo comenzaba a despuntar una cierta preocupación desde entonces por lo que él llamará “los misterios del espíritu” y se podrá entrever una primera confrontación con la muerte. Si en *Recuerdos de niñez y mocedad* aparece ya la naturaleza antropológica de su anhelo de inmortalidad, en *Vida de Don Quijote y Sancho*, se entrevé que sus primeros intentos de dar solución a esa hambre de eternidad, se apoyan en elementos humanos, nada trascendentes, tales como la fama, la gloria o el eterno nombre. Aunque también se podrá comprobar que estos intentos de respuesta acaban fracasando.

2. Desde la eternidad de la infancia hacia la confrontación y la lucha contra la muerte

Al analizar *Recuerdos de niñez y mocedad*⁴ se advierte que la temática que sobresale es la de la muerte; desde la muerte de las hojas de los árboles en otoño, pasando por la de una mosca dentro de una botella y terminando por casos concretos de personas conocidas e incluso cercanas. Se entrevé en esta obra una clara aversión al morir⁵. En nuestro autor se revela un sentimiento inducido por varias experiencias cercanas a la muerte, además de por una especial sensibilidad a la hora de percibir emocionalmente y reflexionar acerca de esta realidad. ¿Es posible que sea la muerte la que haga nacer en nosotros el anhelo de inmortalidad? Según la concepción de nuestro autor la respuesta sería negativa. El encuentro de la persona con dicha realidad no causa el anhelo de inmortalidad, sino que ambas van de la mano hasta tal punto que al descubrir la primera se descubre inmediatamente la segunda⁶.

Puede que fuera esa la experiencia del propio Unamuno ante la vivencia de distintas muertes, que él mismo narra en esta obra. Especial mención merece la de un amigo suyo de infancia, Jesús Castañeda⁷. Él mismo comenta lo complicado que puede resultar para un niño comprenderla, pues piensa que la inconsciencia del niño le hace sentirse eterno, lo que le veda la comprensión de la muerte. Muchas serán las ocasiones en que el propio Unamuno añore esa sensación de la infancia y desee volver a ella.

⁴ La misma plasmación por escrito de la obra por parte de Unamuno puede indicar un cierto anhelo de inmortalidad recurrente en sus obras, hablando de su propio “yo” desde su infancia y juventud. Cf. M. DE UNAMUNO, *Recuerdos de niñez y mocedad* (Alianza Editorial, Madrid 2012) 105.

⁵ *Ibidem*, 11.

⁶ El helenismo descubrió el anhelo de inmortalidad al afrontar la realidad de la muerte. Cf. M. DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida* (Alianza Editorial, Madrid 132013) 91-92.

⁷ “Es un momento solemne cuando la muerte se nos revela por vez primera, cuando sentimos que nos hemos de morir. Recuerdo la impresión que me produjo la muerte de Jesús Castañeda, un muchacho compañero de colegio. Faltaba hacía días [...]. Y un día sobrecogidos de temor misterioso, supimos que había muerto. [...] ¡Pobre Jesús!”. M. DE UNAMUNO, *Recuerdos...*, o.c., 56-58. Además refiere la muerte de Juan el bedel, Cf. *Ibidem*, 88.; y la de Julia, la madre del protagonista del libro *Juanito*, Cf. *Ibidem*, 52-53.

Es imprescindible tener una primera experiencia para que, conforme la persona va madurando, madure también su percepción de la muerte y pueda percibir la diferencia entre el primer contacto con la finitud de la existencia y la progresiva toma de conciencia de esa realidad. Por eso Unamuno, en ocasiones parece descubrir la experiencia de la muerte en su dimensión o aspecto psicológico. De ahí que anhelara, según él, comenzar a estudiar psicología en cuarto curso de bachillerato, con la expectativa de entender los “misterios del espíritu”, que ya con una cierta madurez comenzaban a atormentarle⁸.

En este sentido se podría formular una primera hipótesis directriz. El propio Unamuno reconoce que, desde su mocedad, era atormentado por los misterios del espíritu. No es difícil deducir que tuviera conciencia de que estos anhelos misteriosos hundieran su raíz en lo más íntimo del hombre, que estos misterios o enigmas que darán lugar a sus planteamientos existenciales tuvieran fundamento primariamente antropológico⁹. Parece, por otra parte, que estos misterios que comenzaban a inquietarle desde joven, hubieran sido estimulados por sus experiencias en la infancia. Según entiendo, es la experiencia de la muerte, además de su peculiar personalidad, la que despierta en Unamuno aquellos planteamientos que le atormentarán durante su vida. Por esto no es extraño que, en ocasiones, confiese haber deseado volver a aquellos años de infancia en que se consideraba eterno¹⁰. Sin embargo, aunque ciertamente nuestro autor anhelara en ocasiones volver a la inocencia de la infancia, llega un momento en su vida en que toma conciencia de esta finitud mediante la experiencia de la muerte y comienza a entreverse un anhelo de inmortalidad que, en su caso, le lleva a plantearse (1) una lucha contra la muerte y (2) la preocupación por los misterios del espíritu. Ambos aspectos están presentes en *Recuerdos*.

Parto de una hipótesis fundada en el análisis de *Recuerdos*: que estos aspectos de la conciencia de la muerte no se dan primero uno y después otro, sino que se dan en la experiencia de nuestro autor simultáneamente, de forma continuada y a lo largo de toda su vida. En la exposición de este trabajo, por secuenciación metodológica, expondré sucesivamente ambos ilustrándolos desde la obra citada.

3. La confrontación y lucha contra la muerte

En lo que tiene que ver con la lucha desesperada contra la muerte, Unamuno analiza el “trágico espectáculo” que se da en una botella de las utilizadas para cazar moscas. Observa su lucha por sobrevivir¹¹. En su narración emerge el tormento de quien continuamente reflexiona sobre su existencia y sobre el óbito. Este pasaje reve-

⁸ Cf. *Ibidem*, 100.

⁹ Sobre la atracción del niño por lo misterioso, Cf. E. B. ARRANZ FREIJO, “Psicología evolutiva en Miguel de Unamuno. «Recuerdos de niñez y de mocedad»”: *Ohienart* 18 (2000) 8-9.

¹⁰ Sobre la infancia inmortalizada Cf. M. DE UNAMUNO, *Recuerdos...*, o.c., 144, 156.

¹¹ “¿Quién no se ha fijado en el trágico espectáculo que nos ofrece una de esas especiales botellas que sirven para cazar moscas? Allí se las ve luchando en el agua con la muerte”. *Ibidem*, 41.

la que el impulso por sobrevivir ya no es sólo antropológico, sino incluso instintivo. De alguna forma, manifiesta la persuasión de que todos los seres de este mundo participamos de ese afán de lucha en pos de la vida. En esta reflexión y en otras semejantes¹² el lector percibe un ansia de vivir instintiva, animal, aunque Unamuno no se quede ahí, sino que siga profundizando en el ansia de vida del hombre, que no es sólo instinto animal, para llegar a sentir un anhelo de inmortalidad del hombre entero. Es capaz de emocionarse ante lo que he dado en llamar “la muerte de la casa de Deusto”¹³. Hace referencia a sus lágrimas al ver que el pasado se va desvaneciendo y que en un futuro, quizá no muy lejano, él puede llegar a ser pasado y simplemente desaparecer, como la casa de campo de Deusto. No obstante, la lucha en Unamuno siempre persiste, siempre mantiene una esperanza de “resurrección” para no volver a morir, semejante a las hojas que caen muriendo en otoño para volver a “resucitar” en primavera¹⁴.

Se deduce de lo expuesto que el infante y mozo Unamuno ya comienza esa lucha contra la muerte, propia de aquél que anhela sobrevivir. Habría que yuxtaponer a lo anterior lo que él denominaba “los misterios del espíritu” que, en un primer momento, intentó resolver desde la psicología.

4. El afrontamiento de “los misterios del espíritu”

El segundo aspecto que despierta la conciencia de la muerte es la reflexión acerca de los misterios de la vida: “Pero no, no, no; hay un misterio, hay un más allá, hay un dentro”¹⁵. Unamuno parece luchar consigo mismo a propósito de una cita de la Odisea¹⁶. Se niega a que la realidad sea absolutamente plana, sin trasfondo ni interioridad; niega a Homero apelando al misterio como hondura, profundidad, interioridad, alteridad, más allá; y este misterio sólo se puede contemplar si se conserva “una niñez eterna en el lecho del alma”. Es decir, vuelve sobre el tema del hombre entero que no puede ni quiere dejar atrás nada de su comienzo en el ser; no le interesa perdurar como otro, sino como el mismo que fue, es y quiere seguir siendo.

Estos misterios de la vida, por otra parte, se podrían identificar con los “eternos problemas”, que abarcan todo aquello que hace sufrir a la inteligencia y la conciencia. Por el contexto parece inclinarse a los problemas de la filosofía como “amor a la sabiduría”, pues habla de un “rayo de la Verdad”, con mayúscula, lo que va en la dirección de la

¹² Cf. *Ibidem*, 44.

¹³ Su expresión, ya de mayor, al notar la falta de la casa: “Mi casita ya no existe”. *Ibidem*, 95.

¹⁴ “Es uno de esos espectáculos que bajan hasta el fondo del alma de un niño y quedan allí formando parte ya [...] de su tierra espiritual, de aquella a que los recuerdos, al caer como las hojas secas de otoño, abonan y fertilizan para que broten nuevas hojas primaverales de visiones de esperanza”. *Ibidem*, 78.

¹⁵ *Ibidem*, 130.

¹⁶ “Los dioses traman y cumplen la perdición de los mortales para que los venideros tengan algo que cantar (VIII, 579-580)”. *Idem*. Cf. M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho* (Alianza Editorial, Madrid 2008) 301-302.

verdad referida al hombre, a lo antropológico, y entre esos problemas creo que en efecto el tema de la eternidad y la inmortalidad ocupan un lugar preeminente¹⁷.

La imagen del “mar sin orillas”, mentada en sus fantasías, en el cual él se sentía sereno y en paz, y que ubica más allá de lo que la ciencia pueda abarcar, pues considera que ésta se empequeñece con cada descubrimiento que abre nuevos horizontes a lo desconocido —a la nada gnoseológica que crece con el avance del saber—, le sirve para justificar su convicción de que no se puede prohibir el volver una y otra vez sobre el “misterio transparente” que, en el recuerdo de los primeros años, “vivifica” desde los hondones del espíritu¹⁸.

Concluyo por ahora poniendo de manifiesto algunas referencias que pueden apuntar a lo que nuestro autor desarrollará en su madurez en *Del sentimiento trágico de la vida*. Estas referencias hacen alusión, sobre todo, a aspectos religiosos con fundamentación antropológica y apuntan hacia la idea de inmortalidad como perdurabilidad de la vida del “hombre de carne y hueso” tal y como aquí en el mundo vive. No obstante esto, avanzando en la lectura y análisis de *Recuerdos*, se detecta su preocupación por el tema del espíritu desde el punto de vista antropológico: no quiere dejar de lado nada humano y la dimensión religiosa es una cuestión humana que hunde sus raíces en las estructuras antropológicas más hondas; de hecho, llega a decir que, aun en el caso de una religiosidad desvaída y lánguida, hay una oculta energía espiritual (savia) que vivifica el espíritu; parece querer decir que una pérdida total de la dimensión religiosa supondría una cierta muerte de la que el espíritu ha de ser vivificado. Es la preocupación por vivir y no morir en ninguna dimensión de lo humano¹⁹.

En *Recuerdos* rescata, desde su edad adulta y madurez intelectual, las primeras sensaciones, impresiones, sentimientos y reflexiones acerca de la vida²⁰. Lo hace en algunos momentos en que su sensibilidad se siente herida por la evidencia de la caducidad de su mundo: personas cercanas que mueren, paisajes y lugares que desaparecen..., pero también desde el propio sentimiento de una niñez que se siente inmune frente a la contingencia a pesar de esos choques con ella. Se podría decir que el impacto de la caducidad despierta en el niño —según lo rescata en sus recuerdos— la sensación de una niñez eterna en un doble sentido: rescatar para la memoria actual unos recuerdos de niñez y mocedad que no desea que sean absorbidos por esa muerte gnoseológica que es el olvido y en ese sentimiento y anhelo de “una niñez eterna en el lecho del alma” preludia lo que será su lucha, no morir, seguir viviendo como él mismo, perdurar para la eternidad tal y como de niño sentía y como, ya adulto, anhelará.

¹⁷ Cf. M. DE UNAMUNO, *Recuerdos...*, o.c., 106-107 y 109.

¹⁸ Cf. *Ibidem*, 126.

¹⁹ Cf. *Ibidem*, 112.

²⁰ “Desde la madurez, en *Andanzas y visiones españolas*, y en otros lugares, el escritor define de manera precisa el sentido del que llama su “libro íntimo”: en sus recuerdos, en la memoria, está “el alma de la niñez”; y, como él reitera, esto es lo que constituye la médula de su espíritu, su núcleo, el «lecho del alma». M. A. LOZANO MARCO, “«Recuerdos de niñez y mocedad». Unamuno y «el alma de la niñez»”: *Anales de Literatura Española* 14 (2001) 154.

5. Primeras exploraciones de la inmortalidad anhelada

He señalado en el apartado anterior como el deceso de personas conocidas despertaba en nuestro autor inquietudes ante lo que entonces denominaba los “misterios del espíritu”, pero es en *Vida de Don Quijote y Sancho* donde se intuye la centralidad que tiene en el pensamiento de Unamuno el anhelo de inmortalidad²¹.

Lo que el Quijote ansía ante todo es no morir: “Porque ésta era... la causa que le movió a hacerse caballero andante”. El sentido que parece desprenderse de esta frase es que en el trasfondo de la obra del Quijote (de su quijotismo) como caballero andante existe un anhelo de inmortalidad al que intenta dar respuesta mediante la obtención de gloria y la fama. Queda expresado claramente en esta frase: “El ansia de gloria y renombre es el espíritu íntimo del quijotismo”. Y no se puede olvidar el papel fundamental que tenía en la existencia de don Quijote su amor por Dulcinea. Unamuno lo plantea expresamente: “Y por debajo de esa ansia de no morir, ¿no andaba, mi pobre Alonso, tu soberano amor?”.

Por tanto, partiendo de esta hipótesis directriz, se detectan en la obra varios temas que manifiestan y tienen como fundamento el anhelo de inmortalidad: (1) la fama, la gloria o el eterno nombre, (2) el amor por Dulcinea y (3) el tema de la muerte. Estos son las tres cuestiones que manifiestan a lo largo de *Vida de Don Quijote y Sancho* el anhelo de inmortalidad. En el despliegue del análisis se observará el despunte de algunas derivas religiosas que revelan la notable presencia de estos aspectos religioso-teológicos en el pensamiento de nuestro autor en esta época y que alcanzarán mayor relieve en momentos posteriores de su vida y obra.

Pero como preludeo del análisis hago notar que estas tres cuestiones no se sitúan en un plano abstracto²². Cuando Unamuno habla de inmortalidad o de vida perdurable se está refiriendo a algo muy concreto: al “yo”, al “hombre de carne y hueso”. En esto nos recuerda a Levinas y su insistencia en el rostro del otro, en la carne y en el cuerpo como ocurre también en la fenomenología francesa de Merleau-Ponty, Nancy o Michel Henry. Hay una clara distancia respecto del sujeto racional cartesiano.

Es su egotismo el que está íntimamente unido al tratamiento de su anhelo de inmortalidad²³. No hay uno sin el otro. ¿Qué se inmortaliza? Su “yo”. ¿Quién no quiere morir? Su “yo”. Sin insistir más de lo necesario en su egotismo, parece que se puede concluir que el ansia de existir se sustenta en su deseo antropológico de seguir siendo él mismo. Es el mismo “yo” de “carne y hueso” el que desea perdurar más allá de la muerte

²¹ “Ésta es la raíz última [...] de la locura quijotesca. ¡No morir!”. M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote...*, o.c., 279.

²² “Y en esta plática es cuando Don Quijote pronunció aquella sentencia tan preñada de sustancia, que dice: «Yo sé quién soy»”. *Ibidem*, 67.

²³ “El ansia de inmortalidad sentida por Don Quijote se manifiesta en una forma que parece ser mera egolatría: el deseo de gloria y renombre”. J. FERRATER MORA, *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*, Alianza Universidad, Madrid 1985, 96.

o, más precisamente, el que se resiste a morir, ya sea en la obra imperecedera (quijotismo), en la descendencia o en la fama y gloria.

5.1. Fama, gloria y eterno nombre

En *Vida de don Quijote y Sancho* el quijotismo y la fama, la gloria o el eterno nombre aparecen muy unidos. El quijotismo, y todo aquel que en su vida lleve a cabo el programa quijotesco propuesto por Unamuno, procurará, como el personaje de Cervantes, conseguir fama y gloria. Es la locura quijotesca la que lleva a Alonso Quijano a querer enderezar entuertos al estilo caballeresco. Y es esa locura la que lleva a Unamuno a querer rescatarnos de la muerte del Quijote²⁴. Pero la savia e inspiración que alimenta esta locura es el ansia de fama y eterno nombre, de gloria que permita a todo “Quijote” actual emprender una vida quijotesca, inmortalizarse. Esta es la raíz de la gran obra de la vida²⁵. La gloria o el eterno nombre podrían conducir a realizar una obra que sobrepasara a su persona. ¿Por qué recordamos al Quijote? Por su obra. Es el nombre de Don Quijote de la Mancha, el hombre de la obra que sobrepasa al propio hombre, el que ha cobrado eterno nombre y fama. Dicho de otra forma, la fama y gloria consisten en forjar una verdad, en la cual uno vive y que sobrevive a uno²⁶.

Toda moneda, sin embargo, tiene su doble cara. Tras estas heroicidades también se esconde el miedo: recelo a dejar de ser, turbación ante la nada²⁷. La vanagloria se presenta, pues, como terror a la nada, una aprensión peor que el miedo al infierno, pues al menos en el infierno se sigue viviendo y, mientras se es, la esperanza sigue trabajando por hacerse porvenir²⁸.

No obstante, parece como si la fama en este mundo con final fracasase en el intento de alcanzar una inmortalidad que no tenga fin en este mundo. Por mucho que dure ésta, también se ha de acabar al finalizar el mundo. Pues la fama no es la inmortalidad aunque la pretende, al menos no es la que anhela y ansía Unamuno; ella fracasa aun cuando pudiera prolongarse por un tiempo, pues cuando este mundo termine, todo acabará con él²⁹.

²⁴ M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote...*, o.c., 25-36. Según el programa de vida quijotesco para Unamuno existir es obrar. Desde esta hipótesis podrían enfocarse muchos temas tratados por nuestro autor, algunos de ellos opuestos al pensamiento kierkegaardiano como, por ejemplo, el mismo quijotismo. Cf. J. C. LAGO BORNSTEIN, “Unamuno y Kierkegaard...”, o.c., 62.

²⁵ Cf. M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote...*, o.c., 53.

²⁶ Cf. *Ibidem*, 48-49. Es uno de los dos modos de inmortalidad que, según Ferrater, señaló Unamuno. La sobrevivencia en la memoria de los otros es la aspiración a perpetuarse en obras espirituales y en las hazañas, así como en los mismos hijos biológicos. D. Quijote es un ejemplo por su deseo de ser famoso por los venideros siglos. Cf. J. FERRATER MORA, *Unamuno...*, o.c., 73. También, Cf. M. DE UNAMUNO, *San Manuel Bueno, mártir. Cómo se hace una novela*, Alianza Editorial, Madrid 2012, 22, 52 y 55.

²⁷ Cf. P. CEREZO GALÁN, *Las máscaras de lo trágico...*, o.c., 518.

²⁸ Cf. M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote...*, o.c., 228.

²⁹ “y su locura le ha merecido la gloria en el mundo mientras éste dure, la gloria también en la eternidad”. *Ibidem*, 212. Ver también 175.

Al percatarse de esta limitación, nuestro autor sugiere un aspecto nuevo que simplemente indico por ahora: el trasfondo religioso-teológico. Nuestro hidalgo comenta que tendrá fama en este mundo mientras dure y también gloria en la eternidad. Parece como si el fracaso de aquella con el fin de este mundo llevase al Quijote a pensar en una gloria eterna, que dure para siempre –inmortalidad³⁰-. Desde esta posición Unamuno tiene despejado el paso a la creencia en un mundo distinto a este, que sea eterno, en el que se pueda conseguir gloria mediante las acciones en este mundo, en el que se pueda ser inmortal. De modo que la conquista del cielo está al servicio de una conquista mayor, la de la eternidad en la fama, gloria o nombre. Esto vuelve a poner de manifiesto que el fondo de la cuestión de la eternidad es antropológico. La conquista del cielo, que puede ser un aspecto más teológico, viene condicionada o, más bien, postulada instrumentalmente por la conquista de un afán de gloria y fama, aspectos que no necesitan en un primer momento el recurso a Dios o a nada trascendente.

En cualquier caso, lo que no se puede obviar es que al recurrir a un cielo en el que la gloria pueda ser eterna, queriéndolo o sin querer, se está planteando una oposición entre la fama duradera y la eterna. Opone, por tanto, “gloria inacabable” a “gloria pasajera” y “eternidad del alma” a “eternidad del nombre”, a pesar de ir ambas unidas.

5.2. *Amor y perpetuación en la carne*

Otro aspecto de la eternidad, entendiendo siempre ésta como perdurabilidad infinita de la vida en el tiempo³¹, es el amor y la perpetuación. Son dos aspectos que van íntimamente unidos. El amor, evidentemente, es hacia Dulcinea. Y la perpetuación es en carne o en espíritu. Es importante constatar que Unamuno relaciona a Dulcinea con la gloria, dicho de otro modo, la gloria que buscaba el Quijote se personifica en Dulcinea, o el amor frustrado hacia Dulcinea se transforma en amor de inmortalidad³². De hecho, si Unamuno ponía como motivación del amor por la inmortalidad el amor hacia Dulcinea, en ocasiones ubica el ansia de perpetuación como causa o motivación del ansia de inmortalidad. Y dado que Alonso Quijano nunca tuvo contacto con su amada, es la perpetuación carnal la que, por no darse, acaba sublimándose en el Quijote para realizar gestas espirituales³³.

Todo lo expuesto acerca del amor y la perpetuación en la carne o en el espíritu, parece indicar precisamente que el anhelo de inmortalidad está motivado por necesidades y sentimientos que forman parte del hombre, esto es, su raíz y causa sería antropológica. Pero también el amor y la perpetuación son aspectos de la inmortalidad que acaban teniendo para Unamuno derivas teológicas. Parece claro que el amor a Dulcinea es causa que motiva el anhelo de su vida eterna en la fama de las hazañas. Persiste la amenaza de un yo caduco que perecerá en la tierra. Aquí se desliza ya el problema antro-

³⁰ Cf. *Ibidem*, 246. Sobre el “templo de la inmortalidad”, Cf. *Ibidem*, 47, 158-159.

³¹ La eternidad es entendida siempre como perdurabilidad en el tiempo. Cf. *Ibidem*, 52, 234, 239.

³² Cf. *Ibidem*, 95.

³³ *Ibidem*, 96.

pológico hacia el religioso, pues hace intervenir a Dios³⁴, Conciencia del Universo; es el modo de no caer en el absoluto olvido equiparable a una muerte absoluta y total. Hay una inconsciencia-nada de la que surgimos y a la que volveríamos si Dios nos olvidase. Fuera de Dios y de su recuerdo sólo queda la nada, la aniquilación del yo³⁵. En esta dirección se insinuaría que Dios es remedio frente a la nada. Este dato ofrece el tránsito hacia su reflexión sobre la eternidad y la nada revelada en la muerte.

5.3. Muerte y nada

Señalaba que la obra de fama del Quijote estaba propiciada, en parte, por el miedo a la muerte, a la nada o la aniquilación del yo³⁶. Es, por tanto, el recelo a morir, el temor a no ser, lo que vuelve a Don Quijote “loco” de amor por su existencia, obsesionado por conseguir fama, con tal de vivir para siempre: “Porque hay veces que, sin saber cómo y de dónde, nos sobrecoge de pronto [...] una sensación de anonadamiento, una suprema angustia”³⁷. Parece que esta sensación es algo peor que la muerte. El sentimiento de anonadamiento provoca en el individuo angustia al suponer la aniquilación del “yo”, lo que es peor, pues es dejar de existir, mientras que la muerte podría tener un remedio. Esta congoja y angustia ante la posibilidad de la no existencia viene potenciada por la lucha lógico-cardíaca, que incrementa la angustia. La lógica racional se ve contrapuesta a la lógica que llama “cardíaca”. A la primera le asigna el régimen de lo aparente de las cosas, mientras que es la segunda la que rige lo sustancial. Unamuno afirma con fuerza que la verdad no es el resultado de las leyes de la lógica racional sino el impulso que alienta a vivir³⁸.

Conectando con el apartado anterior –“Amor y perpetuación en la carne”–, destacaré la reflexión de Unamuno ante el lecho de muerte del Quijote, acerca de su amor hacia Dulcinea y la perpetuación en la carne y en el espíritu. Parece insinuar que si se hubiera casado con Dulcinea no se habría perpetuado en fama o gloria, pero sí en la carne³⁹. La lectura de este fragmento no aclara qué prefiere Unamuno en este sentido, aunque tampoco era intención suya, seguramente, la de hablar de preferencias.

En las reflexiones de nuestro autor acerca de la muerte del Quijote, parece entrecerse la siguiente sentencia: según es tu muerte así es tu vida. Le da la vuelta al dicho clásico *sicut vita finis ita*⁴⁰. No se muere según se haya vivido, en opinión de Unamuno es en la hora del morir cuando se revela la verdad de la propia existencia⁴¹. Parece, ade-

³⁴ Cf. *Ibidem*, 135.

³⁵ Cf. *Ibidem*, 273-274.

³⁶ Cf. *Ibidem*, 302.

³⁷ *Ibidem*, 252.

³⁸ *Ibidem*, 253.

³⁹ “Y habría muerto sin gloria, sin que Dulcinea lo llamase desde el cielo de la locura, pero sintiendo sobre sus labios fríos los ardientes labios de Aldonza, y rodeado de sus hijos, en quienes perviviría”. *Ibidem*, 305.

⁴⁰ Cf. *Ibidem*, 299.

⁴¹ *Ibidem*, 300-301.

más, señalar el tema de la bondad como base y fundamento de la locura quijotesca⁴². Aquí se le da un punto de vista nuevo a esta idea: el del óbito. Desde la proximidad de su última hora Don Quijote mira atrás y ve lo conseguido: “renombre de bueno”. El tema de la muerte es como la luz que ilumina la vida y su sentido. Parece que esto tiene mucho que ver con la concepción de la vida como sueño, a la que Unamuno recurre con frecuencia, y la muerte como momento del despertar de ese sueño. Pero, ¿despertar a qué o a dónde? Es una incógnita atormentadora. Unamuno se dirige a un supuesto Dios mediante lo que en ocasiones llega a parecer una oración. Culpa a ese Dios⁴³ de haber puesto en su corazón ansia de fama y eterno renombre y se plantea si desaparecerá con el mundo. Si somos sueño de Dios, prefiere que Dios siga soñando, para así existir, aunque sea siendo soñado y, siendo soñado, también poder él soñar con la eternidad. Pero si desaparecemos con el mundo, ¿qué sentido tiene el desear ser inmortal? Estas incógnitas son, bajo mi punto de vista, las que se plantea nuestro autor. No obstante esto, se esfuerza por ver la muerte como inmortalizadora⁴⁴, pero llama la atención que lo que se eterniza es “la más pequeña partecilla de materia y el más débil golpecillo de fuerza”⁴⁵. Su anhelo es una inmortalidad sin que nada cambie, que todo siga igual sin morir. Esta bondadosa locura quijotesca acerca de la inmortalidad, también fue contagiada al bueno de Sancho⁴⁶. Parece que cuando uno se contagia de la locura quijotesca, se percata de que la verdadera locura es dejarse morir sin más. Pero si la realidad se impone y el último día nos alcanza, lo único que le queda al quijotesco Unamuno es soñar la inmortalidad: “¡Y si es la vida sueño, déjame soñarla inacabable!”⁴⁷.

6. Deslizamiento hacia las cuestiones religioso-teológicas

A lo largo del artículo he hecho referencia a algunas derivas religiosas en las reflexiones de nuestro autor a la hora de tratar la inmortalidad en sus diversas manifestaciones. Parece un tema recurrente en Unamuno⁴⁸ que, según mi parecer, requiere ser analizado, siempre en consonancia con la cuestión central: el anhelo de inmortalidad. No es este lugar para plantear si Unamuno tenía o no tenía fe⁴⁹, ni tampoco la de (supuesto que la tuviera) vislumbrar qué tipo de fe. Dado que la hipótesis que vengo

⁴² Cf. *Ibidem*, 303.

⁴³ Cf. *Ibidem*, 311-313. Un reproche similar en la referencia a la Odisea. Cf. *Ibidem*, 300.

⁴⁴ *Ibidem*, 316.

⁴⁵ *Ídem*.

⁴⁶ Cf. *Ibidem*, 304.

⁴⁷ *Ibidem*, 317.

⁴⁸ Pedro Cerezo señala que “La religión quijotesca unamuniana no es sin más una religión de la fama, sino de la palabra o conciencia, que aspira a ser eterna. Pese a la ambivalencia en muchos pasajes entre fama e inmortalidad, se acaba imponiendo la evidencia de que don Quijote lucha por “un reino espiritual” (III, 79), que merece ser eterno, y que su fe, “si bien lleva –como puntualiza Unamuno– del cebo de la fama, busca ante todo el reino de Dios y su justicia” (III, 125). P. CEREZO GALÁN, *Las máscaras de lo trágico...*, o.c., 328.

⁴⁹ Aunque en opinión de Cerezo “En la *Vida de Don Quijote y Sancho*, a diferencia con *Del sentimiento trágico de la vida*, y más en concordancia con el clima entusiasta del ensayo *Plenitud de plenitudes y todo plenitud*, se impone un sentimiento exultante de la fe, como la revelación de lo eterno en el hombre, como raíz de la aspiración por lo eterno para el hombre”. P. CEREZO GALÁN, *Las máscaras de lo trágico...*, o.c., 329.

siguiendo es que el anhelo de inmortalidad tiene raíz y fundamento antropológico aun con derivas religiosas, sí me parecía oportuno analizar hasta qué altura reflexiva teológica llega Unamuno, pues hay algunos fragmentos de su obra en los que observo reflexiones muy explícitas al respecto.

Nuestro autor parece suponer una cobardía antropológica en las gentes, en la que se eluden las preguntas fundamentales⁵⁰. A raíz de esto comienza a añorar la misión de un pastor Quijotiz que nos despierte del adormecimiento intelectual, con el fin de que las personas se intriguen e inquieten por estos problemas que le atormentaban. No olvidemos que son estas luchas las que, según Unamuno, mantienen a la persona viva. Eludirlos supondría la muerte. Quizá sea por eso por lo que él mismo, en varias ocasiones, parece manifestar en *Vida de don Quijote y Sancho* esa exhortación a luchar en pos de un “Reino de Dios”, que garantice la inmortalidad; parece tomar el papel de ese pastor Quijotiz⁵¹. El Reino de Dios ha de bajar a la tierra, pero ese Reino ha de ser de vivos; y no ser llevados a él sino que “venga”, es decir, al tiempo y al espacio⁵². He aquí el anhelo de inmortalidad que se manifiesta en la lucha por un “Reino de Dios”, en el que se nos garantice fama para siempre. Y que ese Reino viene aquí, parece insinuar una eternidad aquí y ahora en fama. Es obvio que utiliza una expresión sacada de la oración cristiana *Padrenuestro*. “Venga” supone también no morir, pues para ir al “Reino de Dios” hay que morir y lo que desea Unamuno es no morir y vivir para siempre. Pidiendo a Dios que su Reino venga, se evita morir para poder llegar a él.

Existe influencia, pues, teológica-cristiana, que se relaciona con su ansia de eternidad –en este caso– en la fama. Creer en la posibilidad de este Reino por el que se lucha e incluso creer en él o crearlo –para nuestro autor creer es crear lo que se cree– parece ser, además, el fundamento de la filosofía española. La filosofía española es la de no morir que surge del corazón y no de la lógica⁵³.

Para finalizar quisiera poner de manifiesto que la reflexión de Unamuno se encuentra en alguna ocasión con la reflexión mística de Santa Teresa de Jesús. Aquí se hará evidente la conexión de su reflexión acerca de la muerte como causa de vida imperecedera con la reflexión teológica cristiana; anhelo de vida inacabable y eterna, vida en muerte, vida perdurable, refiriendo este comentario a los versos de Santa Teresa de Jesús: “Sí, Don Quijote mío, la muerte tornó a darte vida y vida imperecedera. El vivir nos mata. Ya lo dijo la hermana Teresa de Jesús cuando cantó: [...] que muero porque no muero.”⁵⁴.

Ciertamente existen referencias a la dimensión religioso-teológica que afloran a lo largo de la reflexión de Miguel de Unamuno, algunas de ellas muy explícitas y claras –

⁵⁰ Cf. M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote...*, o.c., 289-291.

⁵¹ *Ibidem*, 283.

⁵² Una referencia similar al Reino de Dios aquí en la tierra Cf. M. DE UNAMUNO, *San Manuel...*, o.c., 45.

⁵³ Cf. M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote...*, o.c., 285-286.

⁵⁴ *Ibidem*, 292.

como por ejemplo la última citada—. Pero, sobre todo, veo que en el fondo de ellas existe una preocupación antropológica difícilmente eludible. De hecho para nuestro autor es imposible evitarlas y no entiende cómo existe quien sí pueda esquivarlas. Son estas inquietudes antropológicas las que recurren a la teología, pero en un segundo momento.

7. Conclusión

Como he intentado poner de manifiesto, existe en el pensamiento de Unamuno una constante preocupación por la muerte. Tras haber realizado un análisis y exposición de dos de sus obras, que recogían esta dimensión de su tragicismo, se ha podido comprobar que la presencia de la muerte y un pujante anhelo de inmortalidad invadían su pensamiento. Analizando dicho anhelo desde sus comienzos se comprueba una primera evolución en el pensamiento del autor. A la vez, va aflorando el carácter antropológico del deseo de inmortalidad, a pesar de las derivas religiosas que el tema suscitaba en Unamuno en muchas ocasiones.

El análisis de *Recuerdos de niñez y mocedad* proporciona una primera clave. Al ser ésta la obra en la que Unamuno rescata desde su madurez sus recuerdos de la infancia y primera juventud, en un intento de hacer perdurar todo su “yo” en el recuerdo de los hombres, era necesario indagar acerca de las preocupaciones que ocuparon los pensamientos y sentimientos de nuestro autor en dicha época tal como él los rescata en la obra citada. De esta forma se puede ver que ya desde su infancia y mocedad, comenzaban a despuntar en él reflexiones e inquietudes por resolver acerca del tema de la muerte y algunos enigmas misteriosos que él mismo definió como “los misterios del espíritu”. Tras este primer contacto con su obra, la génesis de dicho pensamiento se muestra clara: la preocupación por la muerte y estos misterios despuntaban ya desde su juventud. Se puede advertir también que dichas preocupaciones, en un primer momento, no apuntan hacia una solución que pudiera parecer religiosa o teológica.

Por su parte, la obra *Vida de Don Quijote y Sancho* muestra ya un pensamiento más evolucionado. La preocupación por la muerte, junto con su anhelo de inmortalidad que, evidentemente, van de la mano, han aparecido también de una forma constante. No obstante, en una primera evolución de nuestro autor se ha podido observar con claridad unas propuestas iniciales de consolación del anhelo de inmortalidad: la fama, la gloria, el eterno nombre, el amor, el perdurar en la vida de los hijos biológicos... y unas primeras señales de una posible salida de corte más religioso. Pero he intentado clarificar que el deseo que podría ser en parte satisfecho por la fama o por la perdurabilidad de la propia vida en la de los hijos, era de naturaleza antropológica.

Ciertamente, aquí ya se pueden vislumbrar algunas salidas hacia soluciones religiosas, a las que nuestro autor llega cuando es consciente del fracaso de la perdurabilidad en la fama o en el recuerdo en las gentes cuando este mundo precedero se acabe. Estos primeros intentos de solución de carácter más teológico están apoyados en comentarios o actuaciones interpretadas y comentadas por Unamuno, sin embargo, en

esta etapa de su pensamiento no he podido ver un tratamiento pormenorizado de estos, simplemente un primer despunte.

Por lo tanto, creo poder afirmar que el anhelo e inmortalidad unamuniano es primariamente una inquietud antropológica, a pesar de sus deslizamientos hacia una solución teológica: el problema es antropológico; el fracaso de las diversas soluciones exploradas le conducirá a explorar una respuesta teológica.

Ello indica que en el pensamiento unamuniano ocasionalmente se dan deslizamientos desde inquietudes de naturaleza antropológica hacia planteamientos de carácter más religioso. Esto podría ser una segunda pieza de investigación, ¿acaso las inquietudes o planteamientos religiosos no están lejos de pertenecer a la existencia del hombre concreto? Evidentemente, esto no ha formado parte del objeto de este artículo, pero pienso que es una línea fácil de cruzar destacando, a su vez, que hay ámbitos que el pensamiento no puede vislumbrar, o más bien, ámbitos infinitamente pensables.